

UNA MUJER EN PIGALLE

Carlos Suárez

Fragmento

1

Le Cercle Noir

El cadáver gira en el centro de la habitación; cuelga del ventilador que hay en el techo con las manos atadas con soga a una de las aspas. Es una mujer joven, entre los veinte y los veinticinco años, con el pelo rojo, la tez pálida, los ojos convertidos en dos cuencas vacías por la mancha de rímel corrido que tiñe sus párpados, los labios emborronados de carmín, la cara desfigurada por el pedazo de tela que a modo de mordaza llena su boca. Está desnuda. Un sostén de encaje negro le estrangula el cuello. Tiene el cuerpo cubierto de magulladuras y cardenales; los pechos y las nalgas recorridos por pequeños cortes y un cuchillo clavado en el vientre.

—Lo recuerdo como si fuera hoy. Como si no hubieran pasado sesenta años y estuviera aún ahí, frente al cadáver, la mañana del 13 de febrero de 1941.

Jérôme Pinault se tapa los ojos, deslumbrado por la luz del flash, un resplandor parecido al que ha visto sesenta años antes —el relámpago de la lámpara de tungsteno de la máquina fotográfica del forense de la Preceptura— destellando sobre la piel blanca del cadáver, sobre el cuerpo que gira, como si se exhibiera, posara para la cámara: de frente, de perfil, de espaldas, de nuevo de perfil...

—Perdone, señorita Marais. ¿Son necesarias tantas fotografías?

—No, claro. Disculpe, señor Pinault. Necesitamos algunas fotos para ilustrar el reportaje, pero creo que serán suficientes. —Monique Marais se vuelve hacia el fotógrafo—. Claude, con esas nos valdrá.

—Gracias. —El viejo ex policía levanta el mentón y mira por encima de la periodista a Claude Leconte, que, al fondo, dibuja en los labios una mueca de disculpa mientras guarda su cámara—. ¿Sabe? Era hermosa, la mujer más hermosa que he visto nunca. Ni siquiera el horror de la muerte, la crueldad del crimen, lograba empañar su belleza.

Pinault saca un pañuelo y se seca el sudor de la frente, aunque podría parecer que trata de borrar de su cerebro esa imagen que ha seguido girando en su memoria durante sesenta años: el cuerpo desnudo dando vueltas despacio en el centro del cuarto.

—¿Llevó usted la investigación, comisario?

Jérôme Pinault mueve la cabeza hacia los lados en un signo de negación. Es un anciano enjuto, de una delgadez cadavérica. Tiene el rostro trazado de arrugas, los ojos negros, empequeñecidos por las bolsas violáceas que inflan sus párpados, el cuello atenazado de tendones y venas.

—No me llame comisario. Hace casi dos décadas que me jubilé. Y no. Yo acababa de incorporarme a la Preceptura. En realidad nadie llevó la investigación.

—¿Qué quiere decir?

—Eso. El caso se cerró en menos de tres días. A nadie le interesó averiguar la verdad. París estaba ocupado por los alemanes. Puedo asegurarle que no fueron tiempos fáciles. —Pinault da un trago al vaso de aguardiente que tiene frente a él en la mesa—. Sé que debí haber hecho algo entonces, pero era demasiado joven... —Hay una sombra oscura de culpa en sus ojos—. Probablemente demasiado ambicioso o cobarde.

—Y ahora quiere esclarecer el caso...

—Sí. He dedicado estos últimos años a repasar toda la documentación, a revisar cada detalle. —El ex policía se encorva. Vuelve a abrir, de nuevo con las manos temblorosas, huesudas, salpicadas de manchas marrones, la carpeta que tiene frente a él en la mesa y mira otra vez las fotografías que hay en el interior. Son ampliaciones en blanco y negro, muy contrastadas, como sobreexpuestas, en las que puede verse la escena del crimen: el cadáver colgando del techo, la piel pálida, convertida en la imagen en una mancha blanca; la sombra oscura del cuerpo proyectándose sobre la pared desconchada, la habitación vacía—. Estoy seguro de que no fue Sagnier quien la mató.

Los dedos pulsán las teclas de la máquina de escribir, hacen que las varillas se levanten en orden, que los tipos golpeen contra el rodillo en la secuencia exacta, que la tinta manche el papel con una sucesión lógica, comprensible de signos; formen esa combinación precisa en la que las letras componen una sílaba —«ní», «más», «tú»— en vez de un grupo impronunciable de caracteres —«kij», «wro», «meñ»—, se unan para formar palabras inteligibles y no términos inexistentes —«edejo», «budara», «crábato»—, hilen las palabras en frases con sentido —«Mi nombre es Lazare»— y no en oraciones absurdas.

No sé qué porcentaje de mi memoria se ha diluido ya. Solo sé que olvido. No puedo reconstruir lo que ha sucedido hace un momento: quién ha traído esos lapiceros rojos que hay sobre la mesa, con quién he hablado hoy, qué acabo de escribir hace un instante.

No sé cómo avanzará la enfermedad, cuánto tardará en desvanecerse el resto, cuándo no recordaré ya nada.

No ha amanecido aún. Las luces, los letreros luminosos del teatro o la sala de cabaret que hay enfrente, en la esquina con la plaza Pigalle, tiñen de rojo el cuerpo, que gira colgado en el vacío. Está en medio del cuarto, la habitación de un antiguo hotel de lujo levantado a principios del siglo XIX y alquilado ahora como apartamentos. Al fondo puede verse una cama, cubierta con una vieja colcha de lana marrón, una mesa —en realidad un tablero sostenido por dos caballetes—, una estantería y un armario de nogal vacíos, como cadáveres eviscerados, y detrás dos cajas de madera, apiladas contra una de las esquinas. En el centro, el cuerpo gira en el aire, como si flotara en la bruma, levitase sobre las figuras que lo rodean: media docena de hombres enfundados en gabardinas y abrigos oscuros frente a la pálida desnudez del cadáver.

—¡Por Dios, que alguien pare ese ventilador y baje el cuerpo!

La voz del inspector Bertrand suena empapada de rabia, quizá también contra sí mismo, como si se culpara de no haber dado antes esa orden. Sin embargo, también él ha tardado en reaccionar, paralizado ante la visión de la escena: el cadáver, cubierto de cortes y sangre, rotando en el aire con la atracción magnética del movimiento de péndulo del reloj de bolsillo de un hipnotizador.

Un gendarme —quizá Casseau o Toulan, Jérôme Pinault no podría recordar quién— pulsa el interruptor que hay en la pared y el ventilador se detiene. Luego acerca una banqueta que ha encontrado junto a la puerta y se sube. Desengancha la sogá que ata las manos del cadáver mientras debajo otros dos agentes sujetan el cuerpo; lo sostienen con esa distante y precavida reserva ante la muerte a la que se une aquí la incómoda necesidad de agarrar los muslos y las nalgas del cadáver. Pudorosos, apenas sujetan el cuerpo y nada puede impedir que caiga desmadejado al suelo, quede sobre la tarima oscura, con el cuello doblado, las piernas entreabiertas.

—Pónganlo sobre la cama.

La voz del inspector Bertrand vuelve a sonar agria. Espera a que los dos agentes, confusos, de nuevo azorados, cojan el cuerpo y lo posen sobre el colchón. Entonces se acerca, se agacha, tira del cuchillo hasta extraerlo y lo deja sobre la cama, mientras trata de enjugar con la sábana la sangre que mana de la herida del vientre. Luego desanuda el sostén que le estrangula el cuello y extrae el pedazo de tela que a modo de mordaza llena su boca: una pequeña pieza de ropa interior también de encaje negro. Después Bertrand saca un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y le limpia la cara.

Jérôme Pinault permanece al fondo, apoyado contra la pared. Tiene entonces veintitrés años. Es un joven delgado, una anatomía huesuda envuelta en una gabardina marrón de la que emerge la cabeza oblonga, cubierta por una mata de pelo rizado y horadada por una incipiente tonsura que anticipa la calva brillante que sesenta años después invadirá su cráneo. Acaba de salir de la Academia de Suboficiales y de incorporarse como brigada a la Preceptura de Pigalle. Es uno de sus primeros casos —el primero por asesinato—, por eso se limita a observar y tomar notas en una pequeña libreta con hojas de dos rayas.

También el Obersturmführer Schubert contempla de lejos la escena. Fuma, apoyado contra la pared en una de las esquinas del cuarto. Va completamente vestido de negro: la gabardina, el uniforme, el correaje cruzado sobre la guerrera, las botas de charol, la cartuchera al cinto, los guantes, la gorra de plato. La figura oscura se diluye en la penumbra, reducida a la estrecha franja del brazalete que lleva en su antebrazo: la banda roja con la esvástica negra sobre un círculo blanco, esa misma cruz que aparece en los estandartes que cuelgan del edificio de la Ópera y del Obelisco de la plaza de la Concordia, que llena las calles de París.

Desde seis meses antes —tres semanas después de la entrada de los alemanes, el 14 de junio de 1940— un oficial de la Gestapo, en este caso Schubert, les acompaña en cada atestado. En teoría ha de mantenerse al margen y limitarse a comprobar que el delito no afecta a la seguridad del Estado o no implica a jefes nazis, pero las competencias han ido extendiéndose hasta poner en sus manos toda la investigación.

—¿Qué piensa, Schubert?

—Cuando hablaron de un cadáver colgando pensé en un suicidio. Una lástima. Siempre son más fáciles: uno tiene a la vez a la víctima y al asesino. Pero, obviamente, nadie se estrangula y se clava un cuchillo en el vientre con las manos atadas. Es más, parece que alguien se divirtió —la voz neutra del teniente Schubert cobra de pronto un tono rijoso bajo el que parece asomar incluso una traza de envidia—, se empeñó en disfrutar con nuestra bella joven. Por cierto, Bertrand, ¿la han identificado ya?

—No. —El inspector señala con el mentón al sargento Moret, que en ese momento se inclina sobre el cuerpo, coge la mano derecha del cadáver, separa con cierta dificultad el dedo índice, lo empapa en una almohadilla con tinta y presiona la yema sobre una cartulina—. No hay ningún nombre en el buzón, ni ningún tipo de documento en la casa: ni cédula de identidad ni pasaporte. Cuando Moret coteje las huellas dactilares quizá tengamos algún dato más.

—¿Ningún vecino la conocía?

—Tampoco. Alquiló el apartamento hace dos semanas. Pagó por adelantado y nadie le pidió el nombre. Según la portera estaba mudándose a otro lado. —Bertrand gira y señala la esquina del cuarto en la que se apilan dos cajas de madera—. Miraremos también qué hay ahí dentro, aunque parece que es solamente ropa.

El teniente Schubert contempla al fotógrafo de la unidad forense, que, inclinado sobre el cadáver, vuelve a hacer fotos, ahora primeros planos de las heridas, de la marca que el sostén ha dejado en el cuello y de los cortes que recorren el cuerpo. Da una última calada a su cigarrillo, tira la colilla al suelo y la aplasta con la punta de la bota. Luego avanza hasta la cama, se agacha, extiende la mano y toca el cadáver.

Pinault no ha olvidado el rostro de Schubert, su mirada, el cuello tenso, los dientes mordiendo el labio inferior, los ojos húmedos, teñidos por un rastro oscuro de lascivia, una excitación que no parece deberse a la desnudez o la sangre sino a esa combinación en la que crueldad y lujuria se retroalimentan. Los dedos del militar, enfundados en los guantes de cuero negro, palpan la marca que el sujetador ha dejado en el cuello, recorren los cortes de los senos y bajan por el vientre siguiendo el tajo del cuchillo hasta casi alcanzar esa segunda raja que se abre en el pubis.

—¿Qué ha visto, teniente?

Bertrand ha creído advertir de pronto un gesto de sorpresa o desconcierto en el rostro de Schubert.

—Nada. Nada que le incumba, inspector. —Schubert se incorpora—. Nosotros nos ocuparemos de la investigación. Usted límitese a identificar a la víctima.

Escribo. Sigo escribiendo aunque dudo que escribir sirva para ralentizar el avance de la enfermedad o aplazar siquiera la devastación de sus efectos. Tampoco creo que estas líneas me permitan recordar cuando ya no recuerde, puedan ser para mí un último remedo de memoria.

Soy consciente de que en algún momento dejaré de reconocer en los nombres escritos sobre el papel a las personas que fueron, no seré capaz ya de identificar en las palabras los objetos o las ideas que designaron; que más tarde no acertaré a comprender las letras y las sílabas, a desentrañar el significado de los signos que ahora van

imprimiéndose sobre la hoja a medida que las varillas se levantan, los tipos de la máquina de escribir golpean sobre el rodillo, la tinta va manchando el papel.

Pinault bordea la Gare d'Austerlitz y gira frente al Jardin des Plantes. Al fondo, la rue Linné aparece cortada por un puesto de control. Una hilera de sacos terreros y alambradas cierra la calle. París es entonces una ciudad ocupada. Hay nidos de ametralladoras en las plazas, soldados apostados en las esquinas; centenares de estandartes con la esvástica cuelgan de los edificios públicos, desde el palacio del Elíseo hasta el Hôtel de Ville. A esa hora París es también una ciudad gris, comida por la penumbra que anticipa el anochecer, despoblada, habitada solo por sombras fugaces, grises también, como si esperaran pasar desapercibidas, confundirse con la niebla, disolverse, hasta que se disipen el horror y la muerte.

Avanza por el boulevard de l'Hôpital. A la derecha, en la rue Saint-Marcel, los esqueletos de media docena de edificios alcanzados por las bombas de la aviación alemana dibujan sobre el horizonte el perfil de una dentadura cariada. Enfrente solo quedan solares arrasados, casas reducidas a montañas de escombros, como un irracional monumento a la destrucción. Atraviesa el jardín abandonado del Hospital de la Pitié-Salpêtrière, bordea el edificio de la administración y entra por una de las puertas laterales.

Siente enseguida el olor a formol, ese olor agrio a hospital, a enfermedad, a muerte. Recorre una primera galería. Frente al ventanal una decena de hombres —ancianos y jóvenes— se aovillan sobre un banco de madera. Levantan sus rostros hacia el cristal esperando que un sol aún cegado por la niebla corrija el tono azulado de sus pieles, caliente sus miembros o la ausencia de ellos, la inexistente prolongación de lo que fueron sus brazos y piernas.

Cruza un segundo corredor y empuja la última puerta. La luz blanca restalla en sus ojos. Entrecierra los párpados para poder ver la sala: los muros de azulejo, el suelo de linóleo blanco, el techo enyesado, la mesa metálica, probablemente de estaño, sobre la que reposa el cadáver.

—Buenas tardes, doctor Anglè.

Al fondo de la sala el médico limpia el cuerpo con un cepillo de cerdas: lo enjabona y lo frota, tal y como haría con el suelo que tiene a sus pies. Luego posa el cepillo en la palangana que hay a su derecha y comienza a aclararlo con una manguera. Pinault ve cómo la sangre y el jabón, el líquido burbujeante rosáceo, resbala sobre el cadáver y deja aparecer la carne blanca. Libre ahora de la sangre, de la mordaza que desfiguraba sus rasgos, del rímel y el carmín, con los cortes reducidos a finas líneas apenas visibles, el cuerpo cobra en mitad de la morgue una belleza que parece tener algo de irreal.

Pinault contempla el rostro: el óvalo de la cara, matizado por el aristamiento de los pómulos y la barbilla; el pelo rojizo, del color del cobre, húmedo, pegado a las sienes; las cejas finas, rectas; la nariz ancha y breve; la boca amplia, con un pequeño lunar bajo la comisura derecha del labio. No gira la cabeza pero no puede impedir que sus ojos roben de soslayo una mirada al cuerpo que se extiende sobre la mesa de disección: esa anatomía de miembros alargados; con la piel del color de la porcelana, corregido por el tono azulado de la muerte; los pechos puntiagudos, con los pezones oscuros,

ligeramente estrábicos; el vientre liso; el pubis, cortado por el pliegue limpio del sexo sobre la carne, sin el menor asomo de vello.

El policía deja la cartera de cuero que lleva en la mano sobre el poyete de mármol en el que se exponen, minuciosamente colocados, los bisturíes y los escalpelos y saca una librería de notas.

—No creo necesario abrir el cuerpo. —El doctor Anglè ha mirado un instante a Pinault, pero ahora se vuelve sobre el cadáver. Examina la piel del cuello, la marca del sostén dibujada en la carne—. La presión le comprimió la tráquea y la laringe y el corte del cuchillo perforó el intestino delgado a la altura del íleon. Un ensañamiento innecesario. Cualquiera de las dos causas habría sido suficiente para provocarle la muerte... Pero no hace falta que anote. —Vuelve a mirar al policía, que ha ido apuntando cada frase del médico—. Irá todo en el certificado de defunción...

—Doctor, ¿cree que pudieron hacerle los cortes estando aún viva?

El temblor de la voz de Pinault parece suplicar una respuesta negativa que sin embargo Anglè solo le concederá en parte.

—No es posible determinar eso, pero confío en que no fuera así. Presenta hematomas en todo el cuerpo. Espero que el asesino la golpeará hasta dejarla inconsciente. No puedo saber si la estranguló antes o después de apuñalarla, ni tampoco cuándo le hizo los cortes, pero en cualquier caso creo que debería centrarse en la forma de las incisiones...

—¿Qué quiere decir?

—Vamos, Pinault. La forma de esos cortes. ¿Cree de verdad que el asesino podría haberlos hecho al azar?

El policía se inclina sobre el cadáver. Mira el vientre, la forma ahora claramente visible de las heridas, realizadas de acuerdo con un mismo patrón: dos líneas horizontales y cuatro oblicuas que dibujan dos triángulos equiláteros superpuestos, uno boca arriba y otro boca abajo.

—Es cierto, doctor. Nadie raja al azar la carne de su víctima dibujando estrellas de David.

Sé que el avance de la enfermedad es inevitable, que no es solo esa capa superficial, ese leve y volátil estrato en el que se almacenan los recuerdos recientes, lo que se desvanece. Sé que el mal avanza, ha ido —va— extendiéndose como una mancha de aceite, calando hacia abajo, como la humedad en un suelo inundado, haciendo desaparecer también los recuerdos que estaban ya asentados en la memoria. Sin embargo no alcanzo a calcular la extensión del olvido, la devastación que la enfermedad ha provocado ya. Miro las fotografías que cuelgan en la pared. Puedo reconocer mi rostro, el rostro de Camille, incluso recordar el lugar, la fecha aproximada en la que fue tomada esa instantánea: frente al Palacio Papal de Avignon, probablemente a finales de los años treinta. Por el contrario, no sé quién me acompaña en la fotografía que queda encima. Yo apenas he cambiado, la imagen ha de estar tomada en la misma época y sin embargo no puedo recordar quiénes son las personas que aparecen conmigo en la imagen —dos hombres y una joven—, ni el lugar, esa especie de oficina plagada de libros, donde fue tomada la fotografía.

No acierto a comprender la lógica con la que funciona el olvido, ese azar caprichoso por el que algunos recuerdos se disuelven mientras otros persisten —han sobrevivido al menos hasta ahora—, logran mantenerse a flote en la memoria mientras otros parecen haberse hundido definitivamente en el olvido.

Pinault sale del Hospital de la Pitié-Salpêtrière a las cinco y media de la tarde del 13 de febrero de 1941. Vuelve a la Preceptura de Pigalle, en la rue Duperré. El agente Casseau hace guardia en la puerta. Le saluda con un gesto desganado. Apenas alza los ojos, en los que Pinault cree ver aún el rastro del horror, esa misma huella que permanece en su retina desde esa mañana: la imagen del cadáver ensangrentado girando en el aire. Cruza hasta el despacho de Bertrand y llama a la puerta. Acodado sobre su mesa, el inspector levanta la cabeza al verle entrar y señala la silla que tiene enfrente. Pinault se sienta y le resume el resultado de la autopsia que ha realizado el doctor Anglè, incluidas esas incisiones en forma de estrella de David que presenta el cadáver. «Esos cortes no han existido nunca. ¿De acuerdo, Pinault?» Bertrand le mira fijamente y el joven brigada cree ver en sus ojos esa sombra de culpa que años después le perseguirá a él.

Pinault cierra la puerta del despacho de Bertrand, cruza la enorme sala en la que una decena de agentes mecanografían denuncias o atestados y se sienta a su mesa. Comienza a redactar el informe sobre un robo cometido la tarde anterior en una tienda de ultramarinos de la rue Ballu para tratar de apartar de su mente la imagen del cuerpo desnudo suspendido en el aire. Lleva escritas unas pocas líneas cuando ve acercarse al inspector Bertrand acompañado del teniente Schubert. Apenas han pasado diez horas desde el hallazgo del cadáver, pero Schubert asegura que tiene ya un sospechoso. Basta un gesto, un movimiento de cabeza de Bertrand, que señala la puerta. Pinault coge su abrigo y sigue a Schubert hasta la calle. Suben a un coche, un automóvil negro, con esa misma bandera sobre el capó, esa cruz gamada sobre un círculo blanco que Schubert lleva en el antebrazo y que llena las plazas de París. Recorre de nuevo las calles, comidas ya por la oscuridad, iluminadas solo por las ráfagas de los reflectores que dibujan contra las ruinas sombras fantasmagóricas.

Veinte minutos después Pinault vuelve a estar frente a ese viejo edificio, en la esquina con la plaza Pigalle. Entran en el portal, seguidos por media decena de soldados. Suben las escaleras, pero esta vez Schubert no se detiene en el quinto piso, en el apartamento donde esa mañana han hallado el cadáver. Sigue hasta la sexta planta, recorre el pasillo y señala una de las puertas del fondo. Luego da una orden en un alemán gutural, agrio. El sargento que está a su lado saca su pistola y dispara a la cerradura, que salta por los aires. Los soldados golpean la puerta con las culatas de los fusiles hasta que finalmente la madera se astilla y la puerta cede. Dentro hay un hombre pequeño, delgado, calvo, vestido con una camiseta y unos calzoncillos blancos. Encañonado por media docena de armas, levanta las manos y apenas acierta a tartamudear, a preguntar qué ocurre.

Es Fabien Sagnier, según sabrá Pinault más tarde, un albañil en paro de cuarenta y ocho años, nacido en Charmes, cerca de Épinal, que sobrevive recogiendo cartones.

Schubert se adelanta unos pasos y apunta con su pistola a la cabeza de Sagnier. El albañil tiembla, siente el círculo frío del cañón clavándose en su frente, trata de articular una frase lógica o quizá solo de entender qué sucede, por qué ese oficial alemán apunta con un arma a su cabeza, por qué registran su casa, qué ha de confesar.

Se retuerce los dedos, suda, mientras los soldados abren uno a uno los cajones del aparador que hay a su espalda y van volcando el contenido al suelo.

Se oye de pronto al fondo la voz del sargento:

—Teniente, tiene que ver esto. Creo que pudo pertenecer a la víctima.

Ha abierto el armario que hay al otro lado de la habitación, junto a la cama. Schubert se acerca y se inclina sobre uno de los cajones. Dentro, cuidadosamente dispuestas, hay media docena de prendas de ropa interior: un sostén, dos pares de medias, dos bragas y una enagua, dobladas con esmero y guardadas en pequeñas cajas de cartón sin tapa —cada prenda en una caja—, como si estuvieran expuestas.

—Son de esa joven, ¿verdad? —Schubert se vuelve y encañona de nuevo a Sagnier con un gesto de desprecio en la cara—. No eres más que un pervertido. Vamos, confiesa. Tú has matado a esa chica.

El albañil trata de explicar que no sabe qué hace esa ropa ahí, que él no ha hecho nada, que no ha matado a nadie. Pinault lo contempla, lo ve tartamudear, empequeñecido, sudoroso, arrinconado entre la pistola de Schubert y la pared. Cree a Sagnier. Por alguna razón le cree, aunque dé igual: sabe que no hay remedio, que Sagnier está ya condenado, que él no puede hacer nada para evitarlo, que en realidad no se atreve a hacer nada.

No comprendo el mecanismo del olvido y, sin embargo, he de reconocer que hay cierta lógica en el modo en el que los recuerdos se desvanecen, cierto paralelismo entre la vejez y la infancia, una estrecha semejanza en la forma en la que la memoria va desarmándose fragmento a fragmento, como un juego de construcción que se desmonta, se desarma de la misma manera en que fue construido; como una red que se desanudara de modo inverso a como la tejieron. Creo ver cierta similitud en ese círculo que ahora se cierra, en la forma en la que la memoria va haciendo desaparecer uno a uno —pieza a pieza— nombres y rostros, fechas y lugares; va aniquilando todos los datos objetivables hasta dejar solo imágenes parciales e inconcretas, incluso tan solo sensaciones, esa forma incorpórea y tenue del recuerdo con la que la memoria comenzó a formar.

(...)